
Patrullamos CON el Sheriff DE **San Bernardino**

“Once de la mañana. Quien estas líneas escribe, acompañado por el Editor de TACTICAL, se reúne con Richard A. Camacho, uno de los representantes del Departamento de Relaciones con la Prensa –*Media Relations*– de una de las agencias policiales más importantes de California, Estados Unidos. Nuestros interlocutores pertenecen al Sheriff del Condado de San Bernardino (SBSD, *San Bernardino County Sheriff Department*), la agencia policial que fue protagonista del artículo con el que TACTICAL inició su andadura en el otoño de 2006.

OCTAVIO DÍEZ CÁMARA



Han pasado casi tres años desde aquel primer contacto y volvemos a visitarlos, pues su atención para con nosotros ha sido siempre sobresaliente. En esta ocasión, vamos a vivir de primera mano una realidad que a muchos les gustaría protagonizar. Hemos sido autorizados para patrullar, durante una jornada de trabajo, con uno de sus uniformados y estamos ansiosos, y casi nerviosos, ante las “emociones” que nos puede deparar la experiencia en un entorno que, en principio, no es problemático. Como nunca se sabe lo que puede deparar el día, nos han suministrado sendos chalecos antibala que ya nos hemos colocado convenientemente.

El viaje a nuestro destino lo aprovechamos para conversar con Richard –su perfecto dominio de la lengua castellana nos facilita las cosas– y saber algo

llegamos a la Estación de Highland, vemos que se trata de un pequeño edificio que, visualmente, pasa desapercibido respecto del trabajo que allí se realiza; sólo algunos coches policiales situados en un parking próximo dan una idea de lo que allí “se cuece”.

Nos dirigimos al interior y allí nos presentan a al oficial Arturo Alvarado, con el que patrullaremos. Tras los saludos de rigor, y después de explicarle nuestros objetivos y el tipo de medio que es TACTICAL, nos enseña las diferentes estancias que componen aquel lugar de trabajo. Nos detenemos en una sala donde trabajan varios investigadores que estudian un reciente suicidio. Las imágenes que vemos en las pantallas del ordenador son especialmente reveladoras de los efectos reales de un arma de fuego sobre un cuerpo humano; en ese caso, y por la gran



más de Highland, el área por la que nos moveremos. Nos comenta que se trata de una pequeña localidad donde viven unas 56.000 personas, número que hace que desde la alcaldía se hallan decantado por contratar el servicio policial integral con el SBSB, una solución más rentable y eficiente que organizar su propia Policía, entrenarla y mantenerla operativa.

En el devenir de la conversación somos informados de que han escogido para nuestra vivencia a un oficial con una buena experiencia profesional y que, además, habla español, para que nuestro acercamiento a su trabajo sea más fácil y preciso. Cuando

cantidad de sangre salpicada hacia distintos lugares, bien parecida a la de algunas imágenes de ficción de una película de la serie B.

Poco después, llegamos a una pequeña sala donde sobre las dos de la tarde va a producirse una reunión, lo que ellos llaman *breafing*. A la hora prevista, aparece allí el sargento responsable del turno de tarde que toma asiento junto a los cuatro uniformados que trabajarán con otros tantos coches por las calles de Highland aquella tarde-noche. Emplean unos treinta minutos en lo que son las explicaciones, casi unidireccionales por parte del suboficial. Comenta



las incidencias que han tenido lugar por la mañana, algunos detalles sobre actividades delictivas que se concentran en determinadas áreas y les sitúa sobre ciertos informes recabados por personal de investigación. Se ponen de acuerdo en los parámetros básicos de lo que será su actividad y se retiran hacia sus vehículos.

Nos despedimos de Richard y acompañamos a Arturo hasta su coche, un Ford "Police Interceptor". Recoge una escopeta Remington 870 del maletero, con una "vistosa" culata y guardamanos de color amarillo, y sitúa en la recámara algunos cartuchos del calibre 12 del tipo no letal. Hecho esto, verifica el resto del armamento que lleva consigo: otra escopeta de corredera normal y una carabina Ruger Mini 14, la primera del calibre .12 y la segunda del 5,56x45 mm (.223 Remington). Comprueba cargadores, seguros y el estado, con municiones prestas para ser usadas si la situación así lo aconseja. Las dos últimas están estibadas en un soporte bajo llave junto a su asiento,

de forma que quedan especialmente a mano y son un buen complemento de la pistola Glock, del potente calibre .45 ACP, que lleva en su funda antihurto Safari; del mismo fabricante es el cinturón y otros complementos, en los que junto a las tradicionales esposas y el teléfono móvil lleva un spray de gas, dos cargadores más para su semiautomática, un bastón policial extensible ASP, un sistema no letal Taser X26 y la radio Motorola que le mantiene en constante comunicación con otros gracias a un auricular y un pequeño micrófono.

Llama nuestra atención un maletín de material sintético que lleva consigo y que, para acomodarnos, ha tenido que situar en el maletero. En el interior una veintena de carpetas, perfectamente organizadas y con rótulos que identifican fácilmente lo que



contienen. Son formularios policiales para todo tipo de denuncias o problemáticas. “Nuestro trabajo –comenta– tiene también una parte importante de tareas administrativas”; el *paperwork* como ellos lo llaman.

Acomodados en el coche, iniciamos nuestro deambular por las calles. Tenemos interés en saber cómo es su trabajo y cual es el entorno en el que nos moveremos. A nuestras cuestiones, nos va respondiend-

do. “Somos una treintena de oficiales los asignados a Highland, aunque en cada turno, que dura diez horas, estamos patrullando un sargento y dos o tres agentes más. La estructura la completa un capitán, un teniente, dos detectives, varios sargentos que trabajan en cometidos administrativos y otro personal de apoyo.” Sobre lo que es la actividad normal en su espacio laboral nos comenta que “Recibimos unos ciento treinta avisos en cada jornada. Básicamente, pequeños robos, violencia doméstica o actividades relacionadas con la venta de drogas.”

Aprovechamos para interesarnos por nuestro interlocutor. Nos explica que lleva tres años con el SBSD y que antes de servir como patrullero estuvo destinado en el Centro de Detención de West Valley, vigilando a los presos que allí se encuentran. Sus raíces están en California, donde, como sus cuatro hermanos, nació. En su juventud, fue militar en el Ejército y estuvo destinado en Alemania; aprovechó algún fin de semana para viajar a España, de la que guarda un grato recuerdo.



Hace referencia en que es un diplomado en Administración y sistemas Informáticos. Nos parece extraño y buscamos indagar algo más. “Trabajé como ingeniero, pero lo aburrido de estar todo el día sentado detrás de un ordenador me impulsó a ser Policía. Y aquí estoy –apuntilla–”. Sobre su turno, nos comenta que son cuarenta horas semanales, cuatro días en jornadas de diez horas. Aprovecha para estar con su familia el máximo tiempo libre, aunque en ocasiones pueden realizar servicios complementarios que les son remunerados a parte. Nos explica que hace ese turno para poder ocuparse por la mañana de sus hijos. Su esposa, los recoge al acabar la jornada escolar. También nos comenta aspectos de su salario y de los beneficios de que disfrutan, aunque ambos aspectos no suelen impulsar a los estadounidenses a trabajar en una profesión que es dura, tiene su riesgo y no está bien vista por algunos.

Mientras reflexionamos sobre lo que nos acaba de explicar escuchamos por la radio una alerta que convoca a todos en un punto extremo de Highland. La llamada avisa de un robo con intimidación a un ciudadano. Con una destreza que se alcanza después de cientos de llamadas, enciende las luces, conecta las sirenas y responde a central, para informarle que se dirige al lugar. Notamos que el ritmo de nuestro movimiento cambia y la velocidad también. ¡Se notan los 300 caballos del motor!. Nos movemos junto al tráfico de la vía, pero mucho más rápido, con puntas próximas a las noventa millas por hora, casi 150 kilómetros. Al cruzar los semáforos toma especial atención, porque ya han tenido algunos accidentes. También, verifica, en el GPS personal que lleva consigo, cuál es la mejor vía por la que llegar al destino. Cuando lo hacemos, ya ha llegado otra patrulla y hay un agente conversando con un ciudadano. Arturo abandona el coche y recaba información. A la vuelta nos explica que han sustraído un vehículo con las llaves puestas, seguramente para cometer algún delito después. Damos unas vueltas por la zona para intentar localizarlo, pero no tenemos éxito.

Sí sucede que recibimos otro aviso. Luces, sirenas y velocidad. Llegamos y la situación es bien distinta. Varios agentes –entre ellos un motorista– se han personado al detectar uno de ellos a alguien condu-



ciendo con una tasa elevada de alcohol. Le interrogan, hacen algunas pruebas y, finalmente ante los síntomas que presenta, lo detienen y se lo llevan esposado a la Judicatura. En pocas horas su caso será juzgado y tendrá que responder a una multa de cuantía elevada. Si tuviese más cargos similares en su historial, las cosas serían distintas y pasaría un tiempo en prisión.